

Introducción

Entre el manto centralista y la cobija vernácula

La publicación del número 40 de *Estudios Jaliscienses*, con el que cumplió, en el 2000, sus primeros diez años de aparición ininterrumpida, es el tema o el pretexto del que se han valido los autores de los artículos aquí reunidos. La evaluación de su trayectoria, el recuento de los autores y los artículos publicados, y el señalamiento de las temáticas abordadas los ha llevado de manera natural a reflexionar sobre El Colegio de Jalisco, la institución que, en el contexto de su creciente y cada vez más reconocida labor editorial, ha echado sobre sus hombros la responsabilidad de publicar trimestralmente y con toda puntualidad esta revista.

El volumen se abre con un artículo de Mario Aldana, quien ofrece una semblanza histórica de una institución joven pero ya consolidada. Recuerda que la idea de crear El Colegio de Jalisco nació en Guadalajara a principios de la década de los ochenta, en la mente de algunos egresados de El Colegio de México. Por entonces daban sus primeros pasos El Colegio de Michoacán y El Colegio de la Frontera Norte, instituciones a las que diversas circunstancias parecían augurar un porvenir brillante. El gobernador Flavio Romero de Velasco, que había firmado con el INAH un convenio tendente a la publicación de los cuatro tomos de la monumental *Historia de Jalisco*, vio con simpatía el proyecto y le ofreció su respaldo. La idea tenía además el apoyo entusiasta de Alfonso de Alba, que era secretario general de gobierno y contaba con una vasta experiencia en menesteres de promoción cultural. Fue así como, en noviembre de 1982, se constituyó formalmente una asociación civil denominada El Colegio de Jalisco, que tenía como tareas principales realizar investigación científica y formar investigadores en el campo de las ciencias sociales y las humanidades. Tal vez en ese momento la tarea parecía sencilla, pero la historia demostró que el camino que debía seguirse era muy largo y estaba lleno de dificultades.

Entre los obstáculos que tuvieron que enfrentarse, Mario Aldana recuerda como los más difíciles los de índole política e institucional. Durante la administración de Enrique Álvarez del Castillo, El Colegio fue visto como una especie de “patito feo”; “arrinconada en algunas aulas del Hospicio Cabañas, la institución era considerada una herencia [no deseada] del pasado, a la que no se sabía qué destino ofrecerle”. El mal tiempo se prolongó por varios años, durante los cuales El Colegio apenas si tuvo

energía para sobrevivir. De esta etapa difícil, Aldana recuerda como logro rescatable, preludio de lo mucho que en el campo editorial se haría después, la publicación de la revista trimestral *Encuentro*.

Las cosas cambiaron por completo cuando Guillermo Cosío Vidaurri asumió la gubernatura y José María Muriá fue designado presidente de El Colegio de Jalisco. Apoyado en su sólido prestigio profesional y en su experiencia administrativa, Muriá asumió con seriedad, inteligencia y creatividad el enorme reto de insuflar nueva vida a una institución académica que algunos juzgaban desahuciada. Después de errar por la ciudad de Guadalajara, lo que incluyó una breve estancia en la propia casa de Muriá, encontró una sede digna y definitiva en una vieja casona de Zapopan. Tal vez sea sólo un accidente, producto a su vez de las trágicas explosiones del 22 de abril de 1992, pero encuentro aleccionador el hecho de que una institución que nace como respuesta al insolente centralismo cultural que padecemos en México, que había optado en un principio por anidarse en la mayor metrópoli urbana del Occidente, se haya visto obligada a encontrar refugio en un municipio mucho más modesto.

En los casi diez años que ha durado la presidencia de Muriá, El Colegio de Jalisco ha dado pasos muy rápidos y firmes en el camino de su consolidación institucional. Se han abierto programas de posgrado que aspiran de manera bien fundada a la excelencia; se han establecido relaciones académicas formales y fecundas con instituciones del país y el extranjero; se mantienen abiertos 18 proyectos de investigación; se cuenta con una excelente biblioteca; se han publicado más de dos centenas de títulos y se han celebrado muchos coloquios en las capitales municipales de Jalisco. Aldana no duda en señalar que estos coloquios, concebidos como ejercicios de reflexión y discusión, han roto con la tradición de solemnidad que normalmente se asocia a esa clase de reuniones y que, además, han sido “de gran importancia para la difusión de la historia y los valores culturales de las regiones de Jalisco”.

Con toda razón, Eugenia Meyer dice en su artículo que El Colegio de Jalisco ha emprendido una defensa “obstinada” de la cultura y la historia del Occidente de México, y que esa batalla se ha tenido que dar en varios frentes a la vez. No es poca cosa haber emprendido en forma razonablemente exitosa una batalla contra el centralismo educativo y el poder avasallador de las grandes instituciones de cultura. En realidad, se trata de una lucha desigual y que parecía destinada al fracaso: una vez más, el pequeño David provinciano enfrentando al fornido Goliat que administra desde la capital del país presupuestos y prebendas. Lo sorprendente es

que, provisto de una modesta honda a la que muchos no habrán dudado en tachar de ridícula e inofensiva, este pequeño David del Occidente esté todavía vivo y tenga una historia que contar. Una historia, además, llena de logros sorprendentes y de hazañas fuera de proporción con los medios tan modestos que han sido puestos a su alcance.

Por eso me gusta la metáfora empleada por Eugenia Meyer, en el sentido de que José María Muriá y demás constructores de El Colegio de Jalisco pretendían “librarse del manto, en apariencia protector, del colonialismo centralista”, para sustituirlo por la cobija tejida con los valores, la cultura y la identidad locales. Evidentemente, corrieron el riesgo de quedarse descubiertos, sin el manto asfixiante pero protector del centralismo, pero también sin ese nuevo jergón que debía tejerse en la provincia con los medios provistos por ella.

Dice Eugenia Meyer que “había que formar un establecimiento netamente jalisciense”, afirmación con la que en cierto sentido estoy de acuerdo, pero que tal vez convendría matizar. Creo que Muriá y quienes lo han seguido en esta aventura nunca han querido oponer al centralismo avasallante los diques miopes del provincianismo mal entendido. Creo que Jalisco, más que una trinchera inexpugnable, ha sido un mirador o atalaya de largo alcance. Por muchas razones, se avizora mejor y se da atención preferente a lo jalisciense, pero la vocación regional de El Colegio es clara y no ha dejado de dar frutos más allá de las fronteras que la historia y la geografía le han fijado a ese estado.

Creo que una mala manera de combatir el centralismo que padecemos es buscando refugio en las glorias supuestas o reales de la provincia, buscando esas especificidades aparentemente irreductibles del carácter jalisciense, yucateco o veracruzano. A mí me parece que con sus publicaciones periódicas, sus libros, sus programas de posgrado, sus coloquios y su trajín académico de todos los días, El Colegio de Jalisco le ha dado a todo el país lecciones muy sanas de altura de miras y de eficacia académica. Desde un mirador levantado en un estratégico rincón de la provincia mexicana, se ha propuesto tareas que atañen al país entero. Creo que esta introspección inteligente, este enriquecimiento del patrimonio cultural de Jalisco y el Occidente de México le hacen bien a todo el país.

Tal vez El Colegio se creó como una respuesta a la insolencia centralista, pero su quehacer, su política y su proyección no han tenido un carácter “defensivo”. Lo que ahora tenemos, ese patrimonio tangible formado por libros, revistas, tesis, memorias y vivencias, constituye una aportación notable a la historia y al patrimonio cultural de Jalisco,

pero es también una lección sobre la forma en la que pueden enfrentarse los grandes retos que en el campo de la investigación humanista y la formación de especialistas enfrenta el país. Se ha hecho mucho con poco, se ha avanzado un largo trecho en unos cuantos años, se han vencido y superado toda clase de obstáculos y se ha consolidado en Zapolpan, un municipio de raíces campesinas ahora conurbado a la capital del estado de Jalisco, una institución académica ejemplar en más de un sentido. Creo que hay aquí muchas lecciones que deberían estudiarse con atención en las instancias que desde la ciudad de México administran presupuestos y apoyos.

Eugenia Meyer hace una rápida revisión de los afanes y logros de El Colegio de Jalisco, sobre todo en el campo editorial, y concluye recordando la medida en la que ella misma está implicada en “las acciones, las pasiones y las experiencias” de esta institución; “los sueños y hasta las locuras de José María Muriá no me son ajenos”, afirma en forma desafiante, y reafirma su convicción de que El Colegio ha sabido resistir los embates del centralismo asfixiante, hacer a un lado las “ambiciones” de muchos políticos, labrarse un perfil académico propio y persistir en el empeño de edificar una institución “digna y singular”.

Jorge Alonso propone una evaluación de la revista *Estudios Jaliscienses*. Subraya el carácter abierto de la revista, su vocación regional y los alcances de las discusiones propuestas, que en muchas ocasiones han rebasado las fronteras del país. *Estudios Jaliscienses* es el resultado de un “esfuerzo perseverante y de calidad”. Se dice fácil, pero detrás de cada número está un equipo de editores que ha asumido con la mayor seriedad el compromiso contraído desde el primer número con los lectores. Por diversas razones, la revista se ha ocupado en forma preferente de temas históricos, pero se han ido abriendo las puertas a la política, la cultura, el tema de la construcción de identidades, la sociología y la antropología de la religión, los estudios de género, la etnomusicología, la arqueología y la vida cultural jalisciense. En suma, ha llenado con creces su objetivo de enriquecer el conocimiento que se tiene de las diversas regiones que forman el territorio de Jalisco. Los 217 artículos publicados en los primeros 40 números de *Estudios Jaliscienses*, concluye Alonso, ofrecen “un panorama de pluralidad, profundidad y profesionalismo”, que han permitido que el conocimiento que tenemos de la región avance de manera notable.

En su crónica, Pedro Tomé subraya algunas de las cualidades distintivas de El Colegio de Jalisco. Se trata de una institución con dimensiones humanas, en la que la gente se ubica y se conoce; un lugar en el

que sin mayores complicaciones ni trámites se puede acceder hasta la oficina del Presidente para plantearle, en forma directa y personal, un problema. No es poco decir, habida cuenta de que uno de los males que con mayor frecuencia torturan a las instituciones académicas del país es el gigantismo, el divorcio entre las autoridades y los investigadores, la anulación de la persona y su conversión en simple número o expediente que espera que un burócrata o una máquina la clasifique.

En sus programas de posgrado, El Colegio ha apostado a la calidad y no a la cantidad, aunque de esta manera la institución permanezca ajena a la “feroz competencia” que se ha desatado entre las universidades públicas y privadas en el mercado de los posibles alumnos. Como institución pequeña que es y quiere seguir siendo, El Colegio ha evitado, sin embargo, la tentación de volverse sobre sí misma, refugiándose detrás de los altos muros que la separan de la calle. Como lo muestra la experiencia del propio Tomé, El Colegio ha sabido mantener sus puertas abiertas, dispuesto siempre a enriquecerse con la colaboración de nuevos estudiosos.

En este sentido, más que el callado claustro de un convento colonial, El Colegio se parece al animado atrio de la basílica de Zapopan, un espacio abierto en el que historiadores, antropólogos, urbanistas, politólogos y estudiosos del folklore urbano mantienen un diálogo animadísimo sobre los más variados temas. Un diálogo que invoca de continuo autoridades modernas, pero que evita la trampa de confundir lo viejo con lo caduco y lo nuevo con lo pertinente. Como ha constatado el propio Tomé, en El Colegio no se ha desechado a los clásicos griegos y medievales ni se ha propiciado que los alumnos caigan en el error de “no leer nada cuya antigüedad exceda de quince años y no venga en inglés”. Pequeño por el tamaño de sus instalaciones y el número de sus alumnos, El Colegio es universal por su vocación humanista, la índole de sus preocupaciones y el quehacer de sus investigadores.

Con su número 40, pues, *Estudios Jaliscienses* alcanzó los diez años de aparición ininterrumpida y puntual. Más allá de lo difícil que resulta en el medio académico mexicano consolidar una publicación científica y mantenerla viva en un contexto tan vulnerable a los vaivenes políticos, me parece que han sido años muy productivos, consagrados al estudio inteligente, lúcido y no pocas veces provocador de la historia y la actualidad de Jalisco. Como atinadamente lo sugiere el título del artículo de José Luis Cuéllar, la revista es ya parte de la memoria de este estado, son “diez años en la vida de Jalisco”.